

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existen depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferracarril, 20, IRUN

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 246

50 cts.



1038
8
164

MARÍA,
LA HUERFANITA

POR
Bessie Love,
William Haines,
etc.

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Filmoteca
de Catalunya



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 246

(LOVELY MARY, 1926)

MARÍA, la Huerfanita

Sentimental producción, interpretada
bajo el siguiente REPARTO:

<i>María Rider</i>	BESSIE LOVE
<i>Catalina Rider</i>	Eileen Percy
<i>Guillermo Wiggs</i>	WILLIAM HAINES
<i>Serafina</i>	Mary Alden
<i>Claudia Hazy</i>	Vivian Ogden
<i>Deolato Stubbins</i>	Russell Simpson
<i>Casilda Bell</i>	Martha Mattox
<i>Tomasín</i>	Freddie Cox
	Jackie Combs

Producción

METRO-GOLDWYN

Concesionaria

METRO-GOLDWYN CORPORATION

Mallorca, 220, Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
NILES WELCH



MARÍA, LA HUERFANITA

Argumento de la película



—Uno... dos... tres... cuatro... Uno...
dos... tres... cuatro...

¿Soldados? ¿Estudiantes jocosos? ¿Presos?

Nada de eso. Pajarillos sin pico de madre que besar ni la presencia del padre para considerarse fuertes. Pobrecitos huérfanos.

En el Asilo que destinado a ellos había sido fundado en 1892 en los arrabales de Nueva York, los internados eran numerosos.

Encontramos a las niñas del Asilo durante la sesión diaria de cultura física.

—Uno... dos... tres... cuatro...

Cada voz correspondía a un movimiento de brazos. Arriba, sobre los hombros, a los lados y abajo.

La más traviesa de las huermanitas era Ma-

Prohibida la
reproducción

*Revisado por la
censura gubernativa*

ría Rider. No lo podía negar, porque en sus más insignificantes gestos se revelaba su atolondramiento.

Después de la gimnasia, la profesora y directora del Asilo, la delgaducha doña Casilda, hizo cantar a sus discípulas el Himno Nacional.

Las niñas abrieron el libro de clase a la página del Himno Patrio y vibraron sus voces en la estancia.

María no se quedaba corta cantando; pero aquel día, habiendo descubierto, al alcance de su mano, una manzana, que pertenecía a su compañera de primera línea, el himno era cosa secundaria para ella.

La profesora vigilaba. María también; y aprovechando un momento de distracción de la compañera, la inquieta muchacha consiguió apropiarse la manzana.

La compañera no se atrevió a protestar, por temor a ser reñida por la profesora, y el himno no fué interrumpido... salvo por María, cada vez que hincaba sus afilados dientes en la sabrosa fruta, que iba disminuyendo de prisa de volumen, ocultándose para no ser descubierta por la profesora, detrás del libro.

Al terminar la clase con el Himno Nacional, la compañera que se había quedado sin manzana

na protestó de la maldad de María, y la profesora, que, aunque pareciera que no veía nada lo vió todo, llamó a la culpable; y cuando las otras niñas hubieron salido de la clase, la tomó por su cuenta, muy severamente.



y el himno no fué interrumpido... salvo por María, cada vez que hincaba sus afilados dientes en la sabrosa fruta...

—¿Dónde está la manzana que le quitaste a Rosalía?

—¡Una manzana! ¡Yo, doña Casilda!

—¡Pronto! ¿Dónde está, digo?

Para que no la cogieran con las manos en

la masa, la traviesa María tiró la manzana, es decir, lo poco que quedaba de ella; pero lo hizo con tan poca energía, que cayó a escasos pasos detrás suyo.

Doña Casilda echó de ver la acción.

—¡Eso es! ¡Después de cometido el hurto, añáde al pecado un pecado más negando el hecho y tratando de hacer desaparecer la prueba de tu delito!

—Se me cayó, doña Casilda.

—¡No piensas más que en comer! ¡Eres una calamidad, una tragona!

—No lo puedo remediar... pero le prometo a usted que...

—¡Para lo que sirven tus promesas! A ver, dame esa mano, que está visto que contigo no valen consejos ni reconvenciones. Unos cuantos palmetazos te indicarán más eficazmente el camino que quiero que sigas.

—¡No, doña Casilda, que, cuando usted pega, hace daño!

—¡Claro que hago daño! Pero, así y todo, a ti, como si nada... Ya veremos quién se cansará antes, tú o yo. Harto sabes que me duele castigar.

El castigo iba a cumplirse, pero he aquí que la casualidad libraba de él a María. Una criada entraba en la clase para llevarse a la profesora.

—Doña Casilda, en la sala hay visitas y un señor de la Central de Policía.

—¡De la Central de Policía! ¿Qué habrá ocurrido?

María sonreía, pensando en el placer de terminar la manzana y en la posibilidad de no recibir ninguna punición, pero la profesora la devolvió a la realidad.

—Anda a lavarte esa cara y ve luego a mi despacho.

María hizo una mueca, significando su contrariedad por el nuevo sermón que en su despacho le echaría la profesora; y obligada a obedecer, pues doña Casilda tenía un genio de tigresa, dirigióse al lavabo, donde sus compañeras se aseaban con suma atención.

Inquietando a las que se ponían a su lado, María no oía más que protestas contra ella, pero a todas hacía frente con su sonrisa... y con sus puños, cuando era necesario.

Con la toalla de la condiscípula a quien robó la manzana, María limpióse el rostro, el hociquillo nada más, pues parecía tenerle miedo al agua.

Una de sus amigas, al ver a María disponiéndose a salir del lavabo, le preguntó:

—¿Adónde vas? ¿No nos esperas?

María saludó ceremoniosamente, y repuso:

—Doña Casilda está enamorada perdida de mí, y voy a reunirme con ella. Estoy segura de que quiere darme algo.

—Como no sea cuatro palos...

—Algo es algo, hijita.

Al salir del lavabo, María apoderóse del lazo que llevaba una de las huérfanas en el pelo, hundiéndoselo en el escote.

Cerca del despacho de doña Casilda, una pizarra, olvidada encima de una mesita por una compañera, sugirió a María la idea de resguardarse la retaguardia con ella, por si a la profesora se le ocurría tocarle el tambor con la tablita..

Sin importarle si había alguien con doña Casilda, la traviesa muchacha empujó la puerta del despacho y entró resueltamente en él.

Todos los que allí estaban se volvieron a mirarla.

En la mirada de doña Casilda no había reproche. ¡Qué raro!

La rareza tenía explicación. María misma se la explicó.

—¡Tú!! ¿Qué haces aquí?

Hablaba con Catalina, su hermana mayor.

—¿De dónde sacaste tanto dinero para vestirme así? ¡Ya, ya!

—¡Vaya con mi hermanita María! Cada vez que la veo está más horrorosa.

—¿Y tú, presumida tonta? Si no eres horrorosa, porque, la verdad, eres bonita, se echa de ver lo que tú eres. De modo que prefiero ser horrorosa.

—¡Insolente!

—¡Ay, sí! Pero ¡qué veo! ¡Un chiquillo! ¿Tuyo?

—¡Quita de ahí y no te acerques a mi nene!

—¡Tu nene! Vaya, vaya, prosperas. ¡Hasta nenes te regalan!

El agente de la Central de Policía que acompañaba a Catalina, interrumpió el diálogo de las dos hermanas, y terminó su visita diciendo a doña Casilda:

—Señora, Catalina tiene para dos años de cárcel, y el chiquillo saldrá ganando con crecer aquí en vez de hacerlo al lado de semejante madre.

—¡Qué buena pieza estás hecha, Catalina! Conque a la cárcel, ¿eh? ¡Y por dos años! — comentó María, alegrándose de ello, pues la odiaba.

—Ya sabía yo que usted acabaría mal, Catalina — dijo doña Casilda, apenada.

Catalina respondió a la profesora, con desdén:

—Después de haber pasado seis años al lado de usted, que quiere corregirle a una hasta el modo de respirar, lo raro es que no haya acabado en loca.

—Querer enderezar un árbol que se tuerce es, a veces, más criticado que dejarlo que crezca a su antojo. Si soy severa con mis alumnas, Catalina, es por su bien. Yo nunca le dije que fuese mala, sino todo lo contrario. Peor para usted si no supo serlo.

El agente de policía secreta hizo entregar por Catalina su hijo a la directora del Asilo. y al marcharse, la detenida, en un arranque de dolor y desesperación, gritó:

—¡Como sepa yo que alguien le ha puesto un dedo encima a mi nene, ya verá lo que le pasa!

María, para hacer rabiar a su hermana, puso más de un dedo encima de las ropitas del orro, y Catalina forcejeaba con el agente para ir a arañarla.

—¡Basta ya, Catalina! Sígame, o daré parte de su resistencia, lo que aumentaría su pena. ¿No tiene usted bastante con dos años?

Catalina crispó el puño, dirigiéndolo amenazador a la profesora y a María, y desapareció. ¡Infeliz! ¡El remordimiento la devoraba!

Al quedar solas doña Casilda y María, la profesora dijo a la alumna, con cariño:

—Mira a tu sobrinito... ¡Qué lindo es!

—No lo quiero mirar. ¡Para lo que me importan a mí los chiquillos!

—Es tu propia sangre. Hijo de tu hermana.

—Razón de más para que éste me importe menos que los otros. Lo único que me dió mi hermana Catalina fueron golpes y pellizcos. Si el chico es como ella, ¡vaya con Dios el nene!

—No debes hablar así. Sí, no me mires con esa cara de sorpresa. Hay que devolver bien por mal. Además, este niño no tiene la culpa de nada.

—Basta que sea de Catalina.

—Tal vez seas excesivamente rencorosa con ella. Has de reconocer que eres muy traviesa, y que si tu hermana te reñía era porque lo merecías.

—¡No diga usted eso, doña Casilda! Usted me pega, y la quiero y no la quiero; es decir, no la odio. Mi hermana Catalina me pegaba sin motivo, porque le hacía estorbo. No le perdonaré nunca el que me haya abandonado en este Asilo, no porque aquí sufra, sino porque ella podía cuidar de mí, y hubiéramos sido dichosas las dos juntas.

—Olvida eso, María. Por lo mismo que no

me odias a pesar de que te riño cuando comprendo que lo mereces, y conste que seguiré haciéndolo, eres buena. Sirvate de ejemplo tu hermana para que procures escuchar los consejos de los que te quieren. Si ella los hubiese seguido, otra suerte sería la suya.

—¡Así se muriera!

—¡María!

—¡Doña Casilda!

—¡Eres insoportable!

—¡No hablemos más de mi hermana, pues ni su nombre puedo sufrir con calma!

—Te dejo aquí, con el niño. Espérame.

—¿Para qué quiere que la espere?

—¿Ya no te acuerdas?

—¿Va usted a pegarme por lo de la manzana?

—Pégarte, no. Esta vez quiero que te hagas perdonar disculpándote sinceramente con Rosalía.

—Como usted mande.

—¿Qué es lo que se asoma por tu escote?

—Nada. No es nada.

—¡Cómo! ¿De quién es este lazo?

—No sé.

—¡Qué paciencia se necesita contigo! Para mí que tú tienes cleptomanía.

—¿Clepto qué?

—¡Cuidadito con moverte de ese punto!

—¿De cuál de los dos, doña Casilda: el de la mancha de tinta o el de la de grasa?

Doña Casilda, nerviosa en extremo, dió media vuelta y salió de su despacho. ¡Qué terrible era María! ¡Sería capaz de volverle el juicio!

*
**

Apenas se encontró sola en el despacho de la enérgica directora, María, sin hacer caso del niño, que reposaba sobre los mullidos cojines de un sofá, sentóse bruscamente en la mesa de trabajo de la profesora, y ¡crac! se oyó la rotura de algo.

¿Un tintero? ¿El cristal de la mesa?

¡No! ¡¡La pizarra!!

Librándose de los trozos de piedra que se deslizaban muy osadamente por sus pantalones, María volvió a sentarse y se puso a reflexionar.

¿A reflexionar sobre qué?

Ni ella lo sabía. Pero algo se le ocurriría.

El niño no le importaba... pero el niño se movía, pues estaba despierto, y era forzoso que la

tiíta dirigiése de cuando en cuando alguna mirada de vigilancia.

Y el pensamiento de María, aun sin ella quererlo, voló hacia Catalina.

¿Qué había hecho la hermana mayor para que se la llevasen a la cárcel? ¿Cómo no hacía bondad teniendo como tenía un hijo de quien cuidar?

¿Habría robado? Seguramente. A juzgar por la afición de María, ese era un vicio heredado de la familia.

La aparición de una compañera en el despacho, arrancó a María de sus cavilaciones.

La discípula era una muchacha muy obesa, orgullo de la cocinera del Asilo. Todo lo que comía se convertía inmediatamente en grasa. Una foca se quedaba en pañales al lado de la glotona.

—¿A qué vienes aquí, gordinflona?

—No empieces a insultarme, que no quiero bromas contigo. Doña Casilda me manda por el nene, porque dice que no está bien con una loca como tú.

—¿Sí, rica? Pues ya te puedes ir.

—Me dijeron que me lo llevara, y me lo llevaré.

—No seas idiota, y deja en paz al niño, no sea que te lleves otra cosa, hipopótamo.

—¡Yo hipopótamo! ¡Yo idiota! ¡Ahora verás!

—¿Quieres riña? ¡En buena hora llegaste! ¡Tenía los nervios muy tirantes!

La pobrecita gorda renunció pronto a seguir peleándose con María, pues ésta parecía dispuesta a despanzurrarla, o poco menos.

—¡Se lo diré a doña Casilda!

—¡Como le digas nada, te doy una paliza que ni tú misma te conoces cuando te deje!

La niña mimada de la cocinera se puso presuntamente en salvo, y María, calmándose poco a poco, fijóse con más insistencia en el niño.

—¡Que se lo querían quitar! ¡Que lo intentasen! A ella no le importaba ni poco ni mucho ni nada... pero la dejaron allí con él, y nadie la reemplazaría.

El niño, irguiendo su cabecita y mirando con sus ojitos de cielo a la tía, sonreía. Había presenciado la riña que ella sostuvo con la gordita, y se mostraba satisfecho de su triunfo, a pesar de ser tan delgadita.

—Mira, sobrino, no te rías, que esto es muy serio. Ya has oído que me tratan de loca. Si doña Casilda me riñe, tú tendrás la culpa, mocoso.

El niño no cesaba de sonreír y se agitaba en su sitio, como deseando reunirse con María.

—¡Qué vas a hacer, demonio! ¿Quieres matarte para que me echen a mí la culpa?

—Ta, ta, ta...

—¡No te muevas! No me comprometas. Ya has oído que no puedo moverme de este punto, y no quisiera que doña Casilda, que puede llegar de un momento a otro, me viese junto a ti.

El niño, ¡angelito!, se movía cada vez más, y cuando se hallaba casi al borde del sofá, con riesgo de caerse de cabeza al suelo, María no vaciló más.

—¡Ay, qué susto me diste, travieso! ¿Quién te ha enseñado a ser tan desobediente? ¡Yo tengo muy mal genio, y vas a recibir muchas zurras si no eres obediente! ¡Vaya con el cagoncito!

—Ta, ta, ta...

—Si. Pan, pan, pan aquí al nene.

—Pi... pi...

—¡Qué! ¡Gorrinillo! ¡Podías avisar antes!

El chico era muy gracioso. María estaba seria, resistiéndose a declararse vencida por su inocencia, pero al sentir el roce de las manitas de la tierna criatura, que querían rodear su cuello para colgarse de él, un estremecimiento la sacudió de arriba a abajo.

—¿Qué es eso, sobrinito? ¿Ya quieres a tu tía? Pero... ¡si no me conoces!

El niño insistió en sus caricias, y ya no pudo contener más su emoción la dulce María.

—¡Rico mío! ¡Tesoro mío! Tú querías una buena madrecita, y viniste por mí, ¿eh, chatito?

La profesora, que llegaba en aquel momento, se detuvo, sin hacer ruido, en el umbral de la puerta, contemplando beatíficamente la tierna escena.

¡Decididamente, María era buena!

Doña Casilda cerró la puerta y dejó en paz a la huérfana con el sobrinito.

—Mira, Tomasín, aquí serás feliz conmigo si no eres malo. No temas que te pellizque nadie, porque yo no me apartaré nunca de tu lado para defenderte.

El niño, cual si comprendiese, repetía sin cesar, mostrando con irresistible sonrisa sus primeros dientes:

—Ta, ta, ta...

Y María, suponiendo que lo que quería el niño era jugar, lo sentó sobre una pierna, cabalgándole en ella.

—Arre, arre...

*
**

Durante dos años, María, con un juicio y aplomo de los que nadie la hubiera creído capaz, fué una madrecita para el sobrinito Tomás.

No sabía negarle nada, y se convertía en muñeco para que el niño se riese.

Doña Casilda estaba extraordinariamente satisfecha de la conducta del demonio santificado.

El cariño de la huérfana era tan grande, que llegaba al egoísmo.

—¿Quién te quiere a ti, Tomasito? — decía siempre, cubriéndole de besos—. ¿Quién es la única madre que tienes tú en el mundo, alma mía?

Y Tomasín, acariciando con sus manitas a su tía, contestaba:

—¡María bonita!

Un día, estando María ocupada en recoger ropa del niño puesta a secar, aflojóse el cordón que ataba su media a su pierna, y al levantarse la falda para apretarlo, un hombre, un



No sabía negarle nada, y se convertía en muñeco para que el niño se riese.

desconocido, mirando casualmente por un agujero de la valla del patio del colegio, vió la ligera parte de carne que la adolescente había puesto al descubierto.

El sujeto en cuestión, un viejo sin oficio ni

beneficio, fué presa de impúdica tentación y empujó la puerta de la valla, con ánimo de acercarse a María.

—Niña, ven...

—¡Eh! ¿Quién es usted? ¿Qué quiere usted?



...un desconocido, mirando casualmente por un agujero de la valla del patio del colegio, vió...

En la mirada del desconocido leyó María la liviandad que le dominaba, y gritó, retrocediendo:

—¡Váyase! ¡Váyase!

El hombre avanzaba sin temor.

—No te canses en gritar, que no han de oírte. ¿Vas a tenerle miedo a un hombre de bien como yo? Soy Deodato Stubbins, para servirte y admirarte.

Como el viejo libertino quería alcanzarla, María se revolvió y pególe con lo que le vino a mano, defendiéndose del atropello con furor.

El vicioso, corrido y confuso, precipitóse a la puerta, huyendo de allí a escape.

—¡Qué hombres, Señor! ¡Y que no se den vergüenza!

Cumplida su condena, Catalina volvió a su vida de antaño.

Unos días después fué a ver a su hijo al Asilo.

Doña Casilda, al verla, pensó, afligida, en la pena que experimentaría María al separarse del niño que era toda su vida.

—¿Dónde está mi hijo? — preguntó a la profesora la madre.

—Jugando en el patio. Véalo usted.

Varias criaturas jugaban al aire libre.

—¿Cuál de ellos es el mío?

—Míre usted, ese, el que se ha caído.

En efecto, Tomasín acababa de caerse, sin consecuencias. María, al verle en tierra, acudió a levantarlo, y frotándole las rodillas, ligeramente resentidas, le decía:

—Ya está curado, hijo mío, el terrible mal, ¿verdad?

—Sí...

—Dime mamá, nene de mi alma... Anda, dime mamá.

—Sí, mamá...

—¿Quiere usted hacerme el favor de traerme, que quiero verlo? — rogó Catalina a doña Casilda.

—Su niño está muy bien aquí, Catalina, y ha encontrado en María una segunda madre. Debe usted estarle agradecida.

—Si le enseña a ser tan necio como ella...

—Contenta podría usted estar si su hijo se pareciera, de mayor, a María. Créame que está completamente cambiada.

—Mi hermana no me interesa. Deseo ver al niño únicamente.

—Espere un momento. Mandaré avisar que lo traigan.

Intencionadamente, la profesora encargó a una de las huérfanas que dijese a María que llevase al niño al despacho, pues querían verlo. No añadió que María no acompañase a Toma-

sín, pues así María se presentaría ante su hermana con la criatura.

María no se hizo esperar. Presentóse, como lo previera la directora, con Tomásín en sus brazos.

Al ver a su hermana, María apretó contra sí al pequeñuelo.

—Hijo mío, ¿no abrazas a tu mamá? — dijo Catalina, tendiendo sus brazos a su hijo.

Tomásín le volvió la espalda, aferrándose al cuello de María.

Catalina se indignó.

—¿Con que le han estado enseñando al nene que no me quiera? ¡Habrá infames!

—No, Catalina... Es justo que Tomásín quiera a María, porque ella ha sido el fiel perrillo que ha guiado sus pasos. ¿No le parece que el niño estaría mejor aquí?

—¡Guárdese sus consejos para quien se los pida o no tenga más remedio que oírlos!

—Fué una indicación muy razonable, Catalina. Si usted tiene corazón, sabrá comprenderme...

—¡A nadie le importa lo que yo haga!

María intervino en la cuestión, estrechándose más todavía contra el nene.

—¡El niño es más mío que tuyo! ¡Yo lo he criado y no dejaré que me lo quites!

—¡Qué dices, atrevida!

—María tiene razón. Además, usted no es persona a la que se pueda confiar un niño — dijo doña Casilda.

—Sí, ¿eh? Ya veremos si me entrega usted a mi hijo cuando venga a reclamarlo con una orden del juzgado.

—¡Yo defenderé a Tomásín con todas mis fuerzas!

—De nada te servirá, adefesio. Corque, ya lo sabes: ten listo al nene mañana temprano, que vendré a llevármelo.

—¡Lo veremos!

—Sí, lo veremos. Lo que es esta vez tengo de mi parte a la autoridad.

—¡Tú eres una mala mujer, y el niño no debe ir contigo!

—¡Soy su madre!

—¡Yo soy más! ¡Yo soy la que le enseñará a ser bueno para que no se parezca en nada a ti!

—¡Basta! Doña Casilda, ya me ha oído usted. No vine hoy a recoger al niño, pero en vista de lo que pasa, mañana vendré por él, con la justicia. ¡Hasta mañana!

María lloraba desesperadamente. ¡Separarse de Tomásín! ¡No! ¡Dios no lo permitiría!

La profesora procuraba apaciguarla.

—No llores, muchacha... Tú has hecho mucho por el niño, y las buenas acciones se premian de un modo u otro.

—No deje usted que Catalina se lleve al nene, doña Casilda. Ya sabe qué clase de mujer es ella.

—Ya lo sé, María, ya lo sé... Pero no podemos hacer nada... Ella es su madre.

—¡No! ¡No! ¡Es falso! ¡Ella no es madre de Tomasín!

—Debemos resignarnos, muchacha. Bien sabe Dios cuán afligida estoy.

*
**

Lo que a doña Casilda, que juzgaba con prudencia humana, le parecía irremediable, a María, a la que inspiraba la llama divina del amor, se le hizo relativamente fácil de arreglar.

Caía la tarde. Sin ser advertida por nadie, la abnegada muchacha lió su hatillo, vistió a Tomasín, vistióse ella, y con toda clase de precauciones acechó la ocasión de fugarse del Asilo.

Doña Casilda, pareciéndole haber oído ruido en su despacho, empujó la puerta. María, que estaba allí, a punto de salir, ocultóse con el niño detrás de la puerta... y pasó el peligro.

Un poco después, aprovechando la hora de la cena de los asilados, la madrecita, muy pegadito a ella el niño, y con ojos vigilantes, fué

atravesando habitaciones hasta llegar al patio, huyendo por la puerta por la que entrara, unos días antes, aquel hombre sin honor, con perversos fines.

Anduvo, sin rumbo, durante una hora, y al



María, que estaba allí, a punto de salir, ocultóse con el niño detrás de la puerta...

detenerse, rendida por la fatiga y la emoción, hallábase en un rincón lleno de maderas, cajas y barriles viejos, del famoso y nunca bien ponderado barrio humilde neoyorquino de las Coles.

Un mocetón vió a María con el niño, su ha-

tillo y un pato — el mejor amigo de Tomásín—, y como le pareció que eran dos huérfanos que necesitaban amparo, acercóse al grupo.

—¿A dónde van ustedes? — preguntó a María.



Un poco después, aprovechando la hora de la cena de los asilados, la madrecita...

La muchacha, temerosa de que el joven obrero sospechase que se había fugado del Asilo, contestóle torpemente:

—Nos paseamos... Vamos a casa.

—Me figuré, por el paquetito, que iban ustedes de viaje.

—No, no... Vamos a casa...

—¿Dónde vive usted? ¿Acaso por aquí? No es extraño que yo no la conozca, porque yo vivo lejos de este barrio... muy lejos...

—Sí... sí... yo vivo aquí... en una de estas barracas.



—No tenga usted miedo. Yo no trato de hacerle daño. Al contrario...

—¡Eso no es cierto!

—¡Oh! ¡No! ¡No vivo aquí! Pero... ¿quién es usted? Déjeme.

—No tenga usted miedo. Yo no trato de hacerle daño. Al contrario... Son ustedes un par

de huérfanos sin amparo que temen que los recojan y los encierren en un Asilo, ¿verdad?

Antes que María contestase, el joven gritó, dirigiendo la voz hacia la barraca más próxima:

—¡Madre!

Claudia, una vecina solterona, llamó a la aludida:

—¡Serafina!

Esta salió de su casa.

—¿Qué quieres, Claudia?

—Guillermo encontró a una muchacha con un chiquillo y un pato. Mírales allí, rodeados de las chismosas del barrio.

La señora Serafina, con Claudia, fué al encuentro de Guillermo.

La Petra, la lengua más larga de todo el barrio, sermoneaba a Guillermo, enterada de su intención de pedir a su madre que protegiese a María y al niño.

—Lo mejor es no meterse en líos, Guillermo. En este mundo, cada cual debe seguir su camino.

En cambio, otras vecinas, más humanitarias, decían:

—Esa Serafina, que es más buena que el pan, se hará cargo de esa muchacha y del chiquillo, aunque tenga que mermar su comida y la de su hijo.

Serafina, al reunirse con Guillermo, enteróse en pocas palabras de éste, de todo.

—¡Vaya usted a saber qué clase de mujer será esa muchacha! — le sopló la chismosa Petra.

Serafina repuso, atenta siempre a la voz de



—*Lo mejor es no meterse en los, Guillermo. En este mundo, cada cual debe seguir su camino. su corazón:*

—Hay que hacer bien sin mirar a quién. Los pobrecitos están rendidos y sería menester no tener corazón para no ampararlos.

Sin fuerzas para resistirse, María y el niño, con el pato, siguieron a la señora Serafina a la

barraca de ésta, en la que también entró Claudia, la solterona, mientras Guillermo terminaba un trabajo urgente.

Serafina hizo sentar a María, y viendo su turbación mostróse toda cariño con ella.

—Tranquilícese usted, hija mía, que nada malo le ha de pasar mientras esté aquí.

Claudia asistía a la escena con indiferencia. ¡Qué ganas tenía Serafina de buscarse quebraderos de cabeza!

—¿De dónde dijo usted que venía? — preguntó Claudia, intrigada.

—Yo no he dicho de dónde vengo ni adónde voy — replicó vivamente la huérfana.

La señora Serafina atajó a Claudia:

—No nos metamos en averiguar vidas ajenas; lo que hemos de hacer es cuidar de la pobrecilla, Claudia.

—Bien, bien...

—No se mortifique usted, hija mía; aquí está como en su propia casa y podrá quedarse todo el tiempo que guste.

—¡Imposible, Serafina, imposible! ¿Dónde vas a acomodarla si no tienes ni una cama sobrante?

—Verdad es, Claudia, verdad es. Pero todo tiene remedio. La colocaremos en tu casa, ya que tienes sitio de sobra para acomodar a los dos.

—¡Ave María Purísima! ¿Has perdido el juicio, mujer? ¡Exponerme yo, que soy una muchacha soltera, a andar en lenguas de la gente!



—No se mortifique usted, hija mía; aquí está como en su propia casa y podrá quedarse todo el tiempo que guste.

¡De ninguna manera! La caridad bien entendida empieza por uno mismo.

—¿De modo que no quieres, Claudia?

—Ponte en mi caso, Serafina... Tengo que pensar en mi reputación.

La vecina hablaba como si tuviera veinte años, como si su tipo pagase la pena de ocuparse de ella.

Guillermo entró en aquel instante.

—¿Qué decidiste, mamá?

—Si Claudia no quiere ayudarnos a proteger a estas criaturas, tendremos que arreglarnos solos.

—El niño y yo nos marchamos. No queremos estorbar a nadie... — dijo María, azorada.

—Pero, criatura, ¿qué va usted a hacer? ¿Quiere que el nene se le enferme de andar por esos caminos a la buena de Dios?

El niño, pujando de la falda de María, le suplicaba, rendido de sueño:

—Quédate, María bonita, quédate.

Guillermo sonrió.

—María bonita... ¡Vaya un nombre bien puesto!

Y María, al recibir el primer elogio a su persona, sintióse contenta y levantó su vista hasta Guillermo. Era también la primera vez que miraba a un hombre.



La señora Serafina insistió en sus súplicas a Claudia para que diese cobijo a María y al niño, a cambio, ya que vivía sola, de que la huérfana cuidase de ella y de la casa; y, al fin, la vecina accedió.

Catalina fué, como prometiera, con un orden del juzgado, a reclamar a su niño al Asilo de doña Casilda; y al enterarse de la desaparición de María con él, amenazó a la profesora, sospechando que ésta había protegido los manejos de María.

—Si no encuentra usted al niño antes de mañana, en que volveré aquí, ya sabe usted lo que la espera — le dijo.

La profesora indagó, sí, pero en vano; y al vi-

sitarla de nuevo Catalina, hubo de enterarla del fracaso de sus pesquisas.

—No sé ya dónde buscar al niño.

—Está muy bien. Ya verá usted cómo la policía lo busca, lo encuentra... y la lleva adónde yo sé.

—Haga usted lo que quiera, Catalina. Tengo la conciencia tranquila.

El barrio de las Coles era para María un barrio bastante seguro, y como Claudia, la señora Serafina y Guillermo la trataban con mucho cariño, entregábase sin reservas a la felicidad.

La solterona, que desesperara de encontrar quien quisiera aparejar su vida a la suya, había escuchado los consejos de las vecinas, y dirigióse un buen día a una agencia matrimonial solicitando marido.

He aquí la carta que recibió en contestación a su demanda:

LA FLECHA DE CUPIDO

Agencia Matrimonial

Calle de Bond, 422

Louisville, Kentucky

Señorita Claudia Hazy

Avenida de las Cabras, 23

Barrio de las Coles

Estimada señorita:

Con referencia a su atenta carta en la cual nos incluyó veinticinco centavos, nos es grato avisarle que hemos encontrado al hombre que puede hacerla dichosa, cuyo retrato enviamos adjunto.

Si lo encuentra de su agrado, sírvase remitirnos cinco dólares y procederemos en seguida a dar los pasos necesarios para que conozca usted personalmente a su futuro.

En espera de sus gratas noticias, quedamos de usted atentos servidores

q. b. s. m.,
J. J. Brown

Cinco dólares eran mucho dinero, pero al contemplar el retrato que iba dentro de la carta, Claudia y la señora Serafina, que abrieron aquélla juntas, quedaron asombradas. ¡Era un joven muy simpático! ¡Qué suerte la de Claudia!

Pero era un timo. La fotografía era de John Gilbert, el famoso actor cinematográfico.

Cayendo en la trampa, Claudia enviaría el dinero para recibir al interesantísimo esposo.

Guillermo recibió asimismo una gran alegría con la concesión de un empleo que tenía solicitado desde tiempo.

Véase la carta que le fué cursada:

LECHERIA MODELO

Calle del Olmo, 22

Louisville, Kentucky

Señor don Guillermo Wiggs

Ciudad

Muy señor nuestro:

Refiriéndonos a la solicitud que usted presentó a esta Compañía, le manifestamos que se accede a darle el empleo de repartidor.

De usted atentos s. s.

Jaime Crenshaw
Gerente

Para presentarse en la casa donde iba a prestar sus servicios, Guillermo se compuso lo mejor posible.

Su madre, que seguía viendo en él al chiquillo de antaño, le ayudó a ponerse guapo, aportando especial cuidado en examinar la limpieza de las orejas.

La alegría de Guillermo era tan grande, que María debía participar de ella.

Fué el mozo al encuentro de la gentil huérfana, y la encontró bañándose los pies con Tomás en un cubo, en la barraca de Claudia.

—He conseguido el empleo de que te había hablado, María. Ahora voy a ganar un buen sueldo.

—Me alegro, Guillermo. Tú eres muy bueno y merecías esa plaza que tanto codiciabas.



Su madre, que seguía viendo en él al chiquillo de antaño, le ayudó a ponerse guapo...

—Algunas veces me llevaré a Tomásín, para pasarlo por ahí.

—No, Guillermo. Gracias, pero ya sabes que no quiero que el niño se separe de mi lado.

—¿Por qué, mujer?

—Es muy travieso, y sólo me obedece a mí.

—No insisto, y, si tú quieres, podrás venir conmigo cuando no tenga mucha prisa el parto a que me destinen.



—He conseguido el empleo de que te había hablado, María. Ahora voy a ganar un buen sueldo.

—No, Guillermo, yo tampoco. Claudia me necesita.

—Por un día nada más, no diría nada.

—Tú no conoces, como yo, su carácter.

—Bueno; iré solo, pero conste que pensaré en vosotros, como si me acompañárais.

Unos días después, Guillermo contaba a María, apoyados ambos en el borde de una ventana de la barraca de Claudia, él desde el exterior y ella dentro, cómo le iba en su empleo.

—Estoy muy contento, María, porque mis



—Estoy muy contento, María, porque mis jefes me aprecian mucho.

jefes me aprecian mucho. Se conoce que les he sido simpático.

—Es muy natural, porque lo eres, y como repartidor, pocos deben aventajarte.

—¿Por qué, María?

—Porque tienes unas piernas muy largas y debes andar muy de prisa.

—Es verdad. No me había dado cuenta.

—Yo tenía ideado para ti otro empleo.

—¡Tú! ¿Cuál?

—Apagar faroles.

—¿Te burlas de mi estatura?

—Al contrario. Yo, a tu lado, soy una miniatura.

—Una muñeca, querrás decir.

—Algo muy insignificante.

—No estoy conforme. En el bote pequeño...

...hay poca confitura...

—Poca, pero buena.

—Pero poca.

—Pero buena.

Claudia llamó a María. El niño tenía sueño.

—Voy, señora Claudia, voy. Adiós, Guillermo.

—Adiós, María. Mañana hablaremos otro poco, si te interesan mis cosas.

—Sí, Guillermo. Eres muy bueno conmigo y tu compañía me es grata.

De vez en cuando María volvía a sus costumbres de antaño. Lo de los demás ejercía atracción en ella, fuera comestible o no.

La señora Serafina había regalado a Claudia

un cuello de encaje, y María se lo apropió, por el placer de quedarse con él.

Pronto hubo de arrepentirse de su mala acción.

La señora Serafina, hablando con María acerca de su buen comportamiento, le dijo:

—Claudia me ha hecho tales elogios de ti, que quiero premiarte. ¿Te acuerdas de aquel cuello de encaje que le regalé? Pues haré uno igualito para regalártelo.

María no supo qué contestar; abrazóse a la señora Serafina y la besó como si fuera su madre. ¡Nunca como entonces comprendió el valor de la bondad!

*
2 21

Como resultado del envío de los cinco dólares a la agencia matrimonial creada para cazar incautos, Claudia recibió aviso de que el novio "encargado" salía para reunirse con ella y casarse a la mayor brevedad.

Los vecinos estaban dispuestos a echar la casa por la ventana para recibir al presunto marido de la anticuada y problemática beldad.

María preparaba el dulce y la limonada con que Claudia iba a obsequiar al elegido de la casualidad.

La solterona estaba muy nerviosa. No daba pie con bola. La idea de casarse le daba miedo. Y hablaba del futuro como si le amase.

—Me parece que a esta limonada le falta un

poco de azúcar. A él deben de gustarle las cosas muy dulces.

—Eso tiene fácil remedio, señora Claudia — dijo María—. Con poner un poco más... Pruebela ahora...

—Todavía está falta de azúcar... ¡Ay, Marujita, cómo se ve que tú no sabes lo que es amor!

—Con vaciar la azucarera... Ahora sí que debe estar dulce.

—Ahora sí. Se va a chupar los dedos de gusto.

El novio no tardó en llegar.

¡Agárrense ustedes!

¡El novio era Deodato Stubbins!

Sabido de nosotros es que el tal Stubbins era el hombre que pretendiera abusar de la soledad de María en el patio del Asilo de Huérfanos aquella tarde en que ella se arreglaba la liga floja.

¡Cuán distinto Stubbins de John Gilbert, como en la agencia lo pintaron!

Las vecinas, especialmente la señora Serafina, ayudaron a Claudia a adoptar una posición adecuada, interesante, para recibir al novio.

Al presentarse Stubbins, con la tarjeta de la agencia matrimonial, dando fe de que era él el marido destinado a Claudia, la solterona cerró

los ojos, y las vecinas no se cayeron de espaldas por verdadero milagro. ¡El cambio era grotesco!

Pero como en la correspondencia figuraba el nombre verdadero de Stubbins, y como Stubbins era Stubbins, Claudia debía aceptar a Stubbins.

—Usted no será la novia, ¿eh? — preguntó el buscador de ocasiones, dirigiéndose a una vecina más joven que Claudia.

—No. Yo no. Yo no. La novia es la... la señorita.

Stubbins miró a Claudia y también cerró los ojos. Le daban gato por liebre. ¡Pues no le habían mandado, los guasones de la agencia, el retrato de Norma Shearer, la encantadora "estrella" de la pantalla!

Claudia no se atrevía a hablar. La señora Serafina salvó la situación.

—Claudia es muy tímida... Y como es la primera vez que va a casarse... (Vamos, Claudia, dale un pedazo de dulce y procura halagarlo.)

Claudia cortó el dulce y ofreció un buen pedazo a su futuro esposo.

—Gracias — murmuró Stubbins mirando con desencanto a Claudia, pero un tanto esperanzado pensando en que tendría algún dinero ahorrado.

Luego Claudia ofreció a Stubbins un vaso de bebida.

—¿Un poquito de limonada?

—¡Limonada! No, gracias. El médico me la ha prohibido porque dice que es un veneno para



—¿Un poquito de limonada?

mí. Estoy tomando un toniquito que me cae divinamente.

Sacóse una botellita de licor.

—¿Me sentaría bien ese tónico? — preguntó tontamente Claudia, para probar el cariño de Stubbins.

—No, a usted, no. Esta botella es, además, para mi uso particular.

Decepcionada, Claudia, mientras Stubbins se comía el dulce ofrecido por ella y el que él mismo tomó de la mesa, pedía consejo a su buena amiga la señora Serafina.

—Me han mandado un marido que no es igual a la muestra, Serafina. ¿Qué hago?

—Tú verás, Claudia... Los hombres andan ahora bastante escasos.

—Pero... ¡sí es tan feo!

La señora Serafina iba a contestarle: "tal para cual", pero prefirió callar. ¿No era Claudia la que había de decidir? ¿No era para ella el marido? Pues que decidiera por sí sola, para no echar luego la culpa a nadie.

En tanto, María y Guillermo, fuera de la barraca, hablaban como buenos amigos.

—No deja de ser raro que dos personas que en la vida se habían visto se casen de esa manera.

—Muy raro... Sin embargo, María, el matrimonio, como quiera que sea, es una gran cosa.

—¿Sí...?

Dos animalillos, cerca de la joven pareja, se libaban a los excesos propios de su mutua atracción.

Guillermo, al verlos, dijo a María:

—Mira... Mira... Mira...

María miró, y, a un gesto del joven, juntó el pulgar y el meñique de su mano derecha al meñique y al pulgar de la misma mano de Gui-



María miró, y, a un gesto del joven, juntó el pulgar y el meñique de su mano derecha al meñique y al pulgar de la misma mano de Guillermo...

llermo, que cerraba los ojos, como para no ruborizarse...

Al abrir los ojos, Guillermo se encontró con la mirada de María... y la resistió largamente, muy turbados los dos...

*
**

Era fatal que, al regresar a la barraca de Claudia, María viese con atención a Stubbins y que ambos se reconocieran.

—¡Eh! Tú y yo nos conocemos. ¿Qué haces aquí?

María le suplicó que no levantase la voz. Menos mal que estaban solos.

—Usted no me descubrirá, ¿verdad?

—¡Ah! ¡Te escapaste del Asilo!

—Sí, con mi sobrinito. ¡Oh! No diga usted nada.

—No te alarmes. No diré nada si tú me prometes hacer otro tanto.

Y María, que sabía que aquel hombre era un miserable, no podía hablar, sufriendo con su silencio.

El memorable día en que Claudia había de ceñir el blanco velo de las desposadas, la señora Serafina dijo a María, que no sabía qué hacer:

—Ya que Claudia se casa, Guillermo va a hacerle una habitación más a nuestra casa para



—No te alarmes. No diré nada si tú me prometes otro tanto.

que tú y Tomasín viváis con nosotros.

La noble proposición de la señora Serafina acabó por decidir a María a fugarse. No podía seguir viviendo allí, cerca de aquel miserable que conocía su secreto y que la obligaba a no revelar su conducta.

Aprovechándose de lo preocupadas que estaban Claudia y la señora Serafina con los preparativos de la boda, la huérfana lió sus cosas y salió subrepticamente de la barraca.

Guillermo, que estaba trabajando ya en la construcción de la nueva pieza añadida a la barraca, la vió alejarse a toda prisa.

—¡Qué es esto! — se dijo, persiguiéndola.

Le dió alcance en seguida.

—¿Adónde vas, María?

—Por ahí, Dios sabe adónde.

—¿Quieres marcharte de aquí porque Claudia se va a casar?

—No...

—¿Es porque no quieres vivir con nosotros?

—Me voy porque... porque tengo que irme, Guillermo.

—No, María.

Y rogándole que no se marchase, Guillermo besó a la huérfana, en los labios, sin poderlo remediar.

—¡Oh!

—Ya no puedes marcharte, María bonita... Te he besado y tienes que casarte conmigo.

—¡Oh, Guillermo!

—¿No sabes que aquí no hay quien no te quiera?

—Sí... pero es que yo tengo un secreto...

—Habla, María. Confíate a mí como si te confiases a ti misma.

—Yo me escapé con Tomasín del Asilo de Huérfanos... Yo he cuidado al niño desde que él andaba gateando, y el angelito cree que es hijo mío... y ahora quieren quitármelo... y yo no puedo vivir sin mi nene.

—Anda, tonta; ¿crees tú que aquí nos vamos a cruzar de brazos y a dejar que te quiten el chiquillo?

—¿De veras, Guillermo?

—¡Menuda paliza le daríamos todos los del barrio de las Coles al que viniera a llevarse a Tomasín!

—Entonces, Guillermo, admitiendo que la persona que podría llevarse al nene no parezca nunca, ¿aceptarías que Tomasín viviese siempre conmigo?

—Siempre, María.

—Entonces... entonces...

—¿Te quedas, amor mío?

—Sí. Me quedo, Guillermo.

Claudia estaba preparada para el sacrificio.

Stubbins también. Hacía rato que rondaba por la casa buscando en todos los rincones.

María, que no podía resignarse a callar, ideó un medio para desembarazarse de Stubbins y librar, a la vez, a Claudia, de tal marido.

Sabiéndose admirada por el viejo vicioso, mostróse amable con él y le hizo beber sin mesura. Cuando estuvo completamente borracho, lo apartó consigo hacia la estación, y aprovechando la partida de un tren, metiéndolo dentro de un vagón destinado muy lejos, encerrándolo dentro. Seguramente, cansado de golpear en la puerta para que la abriesen, el borracho se tumbaría a dormir la mona, y al llegar a destino, se vería imposibilitado de regresar, por falta de dinero y por temor a ser recibido a pedradas en el barrio de las Coles.

Durante la ausencia de María del barrio, ocurrió algo imprevisto y terrible para ella.

Presentóse la policía en la barraca de la señora Serafina. Fué recibida por madre e hijo.

—Un tal Stubbins nos ha dicho que el niño al que buscamos está aquí.

La policía vió a Tomasín y se apoderó de él.

—¡No! ¡El niño no se mueve de aquí! — protestó Guillermo.

Pero los policías metieron al niño en el *auto* en que llegaron.

—¡No se lo llevarán ustedes! ¡No se lo llevarán!

Subido al estribo del coche forcejeaba con el jefe.

—¡Vaya usted a protestar al diablo! Nosotros hacemos lo que nos mandan.

Descorazonado, Guillermo hubo de renunciar a abogar por la libertad del niño.

María regresaba poco después de haberse llevado la justicia al niño, y encontró llorando a Claudia y a la señora Serafina.

—Alégrese usted, mujer — dijo a la novia sin novio—. Ya le contaré ahí dentro lo que acabo de hacer con Stubbins. No le verá usted más. Usted quería librarse de él fuese como fuere, ¿verdad? Pues ya está.

—No se trata de Stubbins, María... — intervino la señora Serafina.

Un presentimiento hizo temblar a María.

—¡Tomasín!... ¿Dónde está mi nene?

Silencio.

—Por favor, por lo que más quieran, ¡dígame alguno de ustedes dónde está mi nene!

—Se lo llevó la autoridad, María; no hay más remedio que conformarse — dijo la señora Serafina.

Y una vecina:

—Tomasín estará al lado de su propia madre, que ha sido quien, enterada por la directora del Asilo, a la que ese Stubbins enteró a su vez, de que Tomasín estaba aquí, lo ha mandado a

buscar. No debes, pues, afligirte de esa manera, mujer.

—Pero, ¡qué saben ustedes! Yo he cuidado al niño desde que era chiquitín, he vivido pendiente de él, he trabajado para que no le faltase nada al pobrecito de mi alma. ¿Cuándo ha hecho su madre nada de eso por él? ¡Voy a buscarlo ahora mismo! ¡Porque es mío, muy mío! ¡Y que no trate nadie de sujetarme!

Echó a correr como enloquecida. Guillermo, que regresaba, le cerró el paso.

—¿Qué vas a hacer, María?

—¡Ir por lo mío! ¡Aparta!

—María, reflexiona, no cometas una locura...

—¡Quita, cobarde! Tú me prometiste que no dejarías que me lo quitaran; y al llegar la hora no hiciste nada.

—Escucha, María...

—Toma.

Le dió un bofetón y huyó.

Guillermo fué tras ella.

María corría, corría...

Rendida de cansancio, vagaba por las calles en busca de la casa cuya dirección recordaba confusamente.

Al llegar a destino vió a varios curiosos en la puerta de la escalera.

—No se puede pasar — le dijeron.

—¡Yo sí! Yo vivo en esta casa.

No preguntó lo que ocurría.

Subió al piso. Allí otro policía le impidió seguir adelante.

—¡Yo soy de la familia!

Franqueado el paso encontró a Tomasín en el salón, custodiado por una mujer policía y otros agentes.

¿Qué ocurría?

No le importaba. Apoderóse del niño y buscó la salida.

—¿Qué hace usted, señorita? — le dijo la mujer policía.

—Me llevo a mi nene. Pueden ustedes decirle a esa mujer que lo mandó a buscar, que me llevé a Tomasín y que me dejaré hacer pedazos antes que consentir que me lo vuelvan a quitar.

—Usted no debe moverse de aquí.

—¡No es posible que dejen a este ángel en manos de ella, que no merece ni tocarlo!

Un hombre, un doctor, salió de la habitación de Catalina; y al enterarse de quién era María, le dijo:

—No se marche. Su hermana desea ver al niño, y a usted, seguramente, también.

—¿Qué pasa? — preguntó entonces.

—Entre usted.

María, dejando a Tomasín en el salón, entró en el aposento, que olía a tragedia.

Catalina, en el lecho, agonizaba...

—Pero... Catalina... ¿es... estás enferma?

—¡Ah! ¿Eres... tú, María? ¡Qué... alegría!

—¿Qué tienes?

—No te apartes... de mí... ¿quieres?... Tengo... miedo...

—¿Qué has hecho, Catalina, qué has hecho?

—Era fatal... que ocurriese... Acosada por la policía... me he envenenado... Así me libro... de la cárcel.

—¡Infeliz!

—Tú no le dirás... nunca al nene... nada malo... de mí... ¿verdad?

—No, Catalina... ¿Quieres verlo?

—¿Le trajiste... contigo? Doña Casilda... se apiadó... de mí.

María, llorando amargamente por el trágico fin de su hermana, fué a buscar a Tomasín y entró con él en la cámara de muerte.

—...y le dices "mamaíta"; no se te olvide — recomendó al niño.

Tomasín, sostenido por María, acarició a la agonizante y pronunció:

—Mamaíta...

Catalina abrió los ojos con esfuerzo, besó con ellos a su hijito, sus labios dibujaron una sonri-

sa, su rostro se contrajo bruscamente... y cesó de latir su corazón.

¡Había esperádo oír la voz de su hijo!

*
**

Guillermo esperaba a María en la puerta de la casa.

La huérfana salió llorando, mojado con sus lágrimas el tierno rostro del niño, que no comprendía nada... ni sabía nunca nada.

—María, yo hice cuanto pude para que no se llevasen al niño... Yo, por tí, de ser preciso, daría mi vida.

—¡Guillermo, qué triste es la vida!

—No llores, María... La vida es cruel, sí... y sólo los buenos consiguen bendecirla... Olvida...

—¡Pobre Catalina! ¡Por qué la odié tanto!

—La muerte borra todas las ofensas... y era tu hermana. Ven. En mis brazos hallarás cari-

ño y amparo. Y seré un buen padre para el nene.

—¿Lo dices de corazón, Guillermo?

—En estos momentos tan dolorosos para ti, mi María, no hablan mis labios, sino mi alma. Ven. Una nueva vida nos espera.

Y María, llorando silenciosamente, no se separó más de Guillermo...

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

La magnífica novela

AMOR FILIAL

Super Joya Universal

ASUNTO CONMOVEDOR

Insuperable reparto

32 páginas

25 céntimos

Postal-fotografía-regalo: IVY DUKE

¡SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS!

Le recomendamos especialmente las novelas:

MATERNIDAD, por Henry Porten.
Gran asunto publicada esta semana

Los niños del Hospicio, próxima a publicarse

de "Los Grandes Films"

de La Novela Semanal Cinematográfica

¡SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS!

La Viuda Alegre

La Viuda Alegre

La Viuda Alegre

La Viuda Alegre

La Viuda Alegre

Formidable éxito
de la nueva producción de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES